

## CAPITULO XLI.

(1866)

Régules en el interior del Estado.—Batalla de Uñas de Gato.—Triunfos de Ugalde y de Cosío Pontones.—Pronunciamiento de Huetamo.—Atentados de los rebeldes.—Riva Palacio, General en jefe.—Digna conducta del general D. Juan Alvarez.—Régules reasume el mando del Ejército.—Riva Palacio se separa de Michoacán.—Apatzingán.—Actividad de Villada.—Acción de Jucutacato.—Escaramuzas en el rumbo de Coeneo.—La Labor.—Muerte del coronel imperialista Pineda.—Sesenta fusilados.—Guerrillas en Coalcomán.—Derrota y muerte de Berthelin.—Nueva campaña de Méndez.—Derrota de Arias.—Fusilamientos.—Régules reaparece en escena.—Muerte de Luis Pita.—Sorpresa de Zacapu.—Más cadalsos.—Adorno y sus compañeros.—Entrada triunfal de Villada en Uruapan.

Méndez conocía ya perfectamente la táctica del general Régules. Confiaba en que este jefe aparecería de un día á otro en el centro del Estado para atacar algunas de las plazas cubiertas por los imperialistas, siendo probable que se dirigiese sobre Tacámbaro, Ario, Taretan ó Uruapan. Sabía bien que á Régules le importaba esquivar toda batalla campal por la inferioridad numérica de sus tropas y por su escasez de parque.

Régules, después de la excursión que hizo á fines de Agosto por el Valle de Toluca, no logró su plan de apoderarse de Ixtlahuaca, tanto por haber sido reforzada la guarnición de esta plaza, como porque Méndez lo perseguía muy de cerca. Este jefe, cambiando de táctica, cesó de seguir á Régules. Se dirigió á Morelia, dió varios días de descanso á sus soldados, y el 5 de Septiembre fué á situarse en Acuitzió para caer sobre el grueso de las fuerzas republicanas, que de seguro pa-



CORONEL JOSÉ VICENTE VILLADA.—1867.

(Hoy General de Brigada.)

sarían inmediatas á aquel pueblo en su expedición hacia el Sur.

En efecto, el general en jefe del ejército republicano regresó del Valle de Toluca por Zitácuaro, Tuzantla y Carácuaro, y el citado día 5 se hallaba en Atécuaro, sin poder atacar á Tacámbaro porque el coronel imperialista Farquet acudió oportunamente á reforzar esta plaza.

La tropa de Régules había llegado en extremo fatigada, después de aquella excursión de más de quince días sin uno solo de descanso, por caminos escabrosos, durante un temporal horrible y falta de toda clase de recursos. Méndez, que la espía atentamente, se lanzó sobre ella en la madrugada del día 6. Régules quiso escaparse por Etúcuaro:<sup>1</sup> algunos vecinos de este pueblo le sirvieron de guías para llevarlo por caminos extraviados. Empero á las dos de la tarde del día 7 lo alcanzó Méndez en los cerros del Salitre. Se trabó allí un combate ligero entre la retaguardia de los republicanos y la vanguardia de los imperialistas, que sirvió á Régules para tomar posiciones en el punto llamado Uñas de Gato y Puerto de las Culebras.

Entonces comenzó la batalla, que duró cuatro horas, en que de uno y otro lado se peleó con el valor propio de los jefes contendientes. De nuestra parte se distinguieron, por su tenacidad en la lucha, los soldados de la Legión extranjera, deseosos de morir en el combate más bien que en el patíbulo, lo que era indefectible si caían prisioneros.

La noche, y una terrible tempestad que sobrevino en aquella hora, puso término al combate, quedando separadas las fuerzas enemigas por un río, el cual creció extraordinariamente á consecuencia del aguacero, de una manera tan inopinada, que arrastró en su corriente á muchos soldados de una y otra parte.

Régules y Méndez se retiraron por rumbos opuestos, sin que ninguno de ellos levantase el campo, el cual quedó cubierto de muertos, de heridos y de armamento, pertenecientes á ambos beligerantes.

Méndez, como siempre, emitió un parte oficial lleno de fal-

<sup>1</sup> No debe confundirse este pueblo con el anterior, que es Atécuaro.

sedades; entre ellas, la de que su contrario tuvo cuatrocientos dispersos: no podía saberlo, dada la obscuridad de aquella noche espantosa, pero la verdad es que la dispersión de la tropa republicana fué completa, volviendo á quedar allí aniquilado el Ejército del Centro, que perdió además todos sus bagajes.

Régules pudo reunir á lo sumo cien hombres entre oficiales y soldados, con los cuales llegó el día 8 á Carácuaro. En cuanto á Méndez, después de haber fusilado á cinco prisioneros, franceses y belgas, regresó á Morelia, ignorando aún que su enemigo había quedado totalmente destruido.

No quedaban ya en Michoacán más tropas liberales que quinientos hombres al mando de Garnica, Ronda y Arias; trescientos á las órdenes de Villada; otros tantos en Zitácuaro; las de Huetamo, con las que ya no debía contarse, como lo veremos luego; y á lo sumo doscientos más en partidas sueltas, como la que acompañaba á Régules, en tanto que las fuerzas imperialistas que hacían allí la campaña no bajaban de cinco mil soldados aguerridos. Pudo Méndez haber fraccionado la columna que estaba á sus inmediatas órdenes y la que mandaba el coronel Vera, ambas expedicionarias; pero ya he dicho que jamás lo hacía, temeroso de un golpe: algunos creían entonces que estaba en su interés dejar que se rehiciesen los liberales para prolongar así la campaña. Lo cierto es que después de su última victoria fué á descansar por muchos días en Morelia.

Régules por su parte, como he dicho, se retiró á Carácuaro, en donde con grandes afanes y luchando con dificultades sin cuento, trataba de reorganizar de nuevo el ejército, á cuyo efecto envió á sus jefes y oficiales en partidas que no excedían de cuatro, á reclutar soldados en las inmediaciones de los pueblos ocupados por el enemigo.

En cuanto al general Riva Palacio, tan luego como se instaló en Zitácuaro, destacó á sus cabos al interior del primer distrito á recaudar las contribuciones y á batir á las contraguerrillas imperialistas. Ugalde el 10 de Septiembre atacó y tomó la plaza de Santa María Amealco, haciendo prisionero al comandante militar; y el 20 del mismo, el coronel José Co-

sío Pontones, recién incorporado á las fuerzas republicanas, batió y derrotó en el Salitrillo al traidor Cortazar.

El 30 del mismo Septiembre se verificó un acontecimiento que, á más de su carácter criminal, infundió el desaliento entre los liberales, exacerbando la pésima situación en que nos hallábamos.

Es el caso que el Coronel Leonardo Valdés y el de igual clase José María Castro se pusieron de acuerdo en Huetamo para desconocer al General Régules. Castro era un soldado valiente é instruido, pero de genio díscolo y ambicioso. Había tenido no sé qué resentimientos con el General en Jefe, y desoyendo la voz del patriotismo fué el alma de aquel pronunciamiento.

Dos palabras más respecto de este jefe: Hizo gran parte de la campaña de Michoacán, distinguiéndose siempre como soldado valiente. Su genio díscolo le hizo perder un brazo en una riña particular con otro jefe republicano. Pocos años después del triunfo de la causa nacional, Castro fué nombrado Gobernador del Distrito Federal por el Presidente Juárez, y murió en el ataque y toma de la Ciudadela por el General Rocha.

El día 30 referido, Valdés y Castro convocaron á las autoridades, jefes y oficiales y vecinos de Huetamo, y todos juntos levantaron una acta en que, "proclamando la ineptitud de Régules para el mando político y militar y para la acción administrativa, ineptitud que le hacía sufrir vergonzosas derrotas, y, protestando al mismo tiempo contra su condescendencia de colocar preferentemente á quienes á última hora (*los torreños*), estaban ingresando al ejército, declararon:

"El Departamento de Huetamo acuerda lo siguiente:

"Art. 1º Se desconoce al C. Nicolás de Régules como General en jefe del Ejército del Centro, y á las autoridades emanadas de él.

"Art. 2º El Departamento de Huetamo no recibirá en su seno á ningún individuo que por sus malos antecedentes no preste garantías á los verdaderos patriotas.

"Art. 3º Queda nombrado desde luego General en jefe del

Ejército del Centro, entretanto el Gobierno supremo, con presencia de datos verdaderos resuelve lo conveniente, el C. General de división Juan Alvarez, tanto por su categoría, cuanto por ser uno de los héroes de nuestra independencia.

"Art. 4º. Se reconocerá, como hasta aquí, al C. Coronel Leonardo Valdés con la investidura de Prefecto y Comandante militar y en jefe de las fuerzas del Departamento, y como su segundo al C. Coronel José María Castro."

Con este golpe perdió el Cuartel general los elementos de guerra y la imprenta que tenía en Huetamo, únicos con que contaba, los cuales utilizaron los rebeldes.

Valdés y Castro participaron al General Riva Palacio el pronunciamiento, pero el digno patriota no sólo les reprochó su conducta, sino que inmediatamente escribió al General Alvarez pidiéndole que hiciese volver al orden á los sublevados. El caudillo del Sur contestó que ya obraba en ese sentido, pues que desde luego había rechazado el mando en jefe que se le ofrecía.<sup>1</sup>

Por su parte el General Régules protestó enérgicamente contra el pronunciamiento en la respuesta á la comunicación que para darle á conocer el hecho le había dirigido Valdés.<sup>2</sup> Con fecha 2 de Octubre se dirigió á Riva Palacio dándole noticia del suceso, y pidiéndole sus consejos de hombre inteligente y patriota. De esta carta, que es muy extensa, copiaré solamente estos párrafos: "..... No seré ciertamente yo quien trate de sostener mi pericia militar ó mi aptitud para la administración. La feliz estrella que me alumbró como subalterno se ha opacado como jefe superior, aunque por causas de que no me considero responsable..... En tal virtud, he dirigido al Sr. Valdés la nota cuya copia tengo el honor de adjuntarle y en la que, sin faltar á la dignidad del puesto que represento, trato de volver al orden á los que tan lamentablemente se han extraviado de él. No tengo la presunción de haber acertado en mis determinaciones, y espero por lo mismo que vd. como buen patriota y como verdadero mexicano me diga francamente su parecer respecto de la conducta

<sup>1</sup> Carta de D. Juan Alvarez, fecha 22 de Octubre de 1866.

<sup>2</sup> Este documento tiene fecha del día 2.

que debo seguir, entendido de que consulto al amigo y no al subalterno, y de que veré, como debo, todas sus indicaciones."

Los rebeldes llevaron más adelante su inaudito escándalo: el día 4 se presentó el Coronel Castro en Carácuaro, intimando á Régules la orden de evacuar la plaza; el General contestó que no la evacuaría, y que podían los rebeldes ocuparla y disponer de ella, así como de su persona y la de los pocos jefes, oficiales y tropa que lo acompañaban. Castro entonces penetró en el pueblo con cuatrocientos hombres que formaban su fuerza, desarmó y licenció á los soldados que allí tenía el General en jefe y se apoderó de los exiguos depósitos que se habían salvado de la derrota de Uñas de Gato. Un piquete de los de Huetamo rodeó la casa en que se hallaban Régules y los jefes y subalternos que lo acompañaban, y hasta el día siguiente ordenó Castro que quedaran en libertad.

En ese mismo día participó el General Régules á Riva Palacio el atentado que se acababa de cometer contra su persona, y en la comunicación respectiva le decía además:

"En tal virtud, salgo de esta población; pero como me propongo abandonar el Estado para asuntos de que dará á vd. conocimiento verbal el C. Coronel Antonio Tirado, Mayor general del ejército y portador de la presente, he dispuesto quede vd. encargado del mando en jefe del ejército republicano del Centro, mientras dure mi ausencia, con todas las facultades que me estaban concedidas."

Profunda indignación causó en el Estado la criminal conducta de los sublevados de Huetamo: en todas partes se levantaron protestas contra su injustificable pronunciamiento, que venía á dar golpe mortal en Michoacán á los defensores de la patria. Por fortuna Méndez no supo ó no quiso aprovecharse de esta desunión de los liberales.

Los de Huetamo, en su ceguedad, llegaron hasta ofrecer al General Alvarez la anexión de aquel Departamento al Estado de Guerrero, á lo que contestó el anciano patriota que de ninguna manera aceptaría esa ilegal agregación, atentatoria á la ley fundamental de la República.<sup>1</sup>

<sup>1</sup> Carta de 13 de Octubre de 1866.

Encargado el General Riva Palacio del mando supremo, comenzaba ya con su actividad acostumbrada á dictar sus disposiciones para levantar una vez más el ejército, cuando recibió una nota oficial de Régules, fechada en 23 de Octubre en Poturo, en que le manifestaba que desde luego reasumía el mando en jefe, por no tener ya necesidad de salir del Estado.

Riva Palacio, al leer la nota, comprendió que de nuevo era víctima de las intrigas de los que rodeaban á Régules. Entonces ya no pensó sino en dedicarse exclusivamente á la campaña en el territorio que le estaba encomendado. Tenía á sus órdenes una división de más de mil quinientos hombres. Abandonó definitivamente á Michoacán en principios de Noviembre, entró al Estado de México, se apoderó de varias poblaciones y ocupó á Toluca. Después concurrió al sitio de Querétaro y al de México, y tras cinco años de fatiga incesante volvió á su hogar, haciendo dimisión de su espada de general.

Régules en la hacienda de Poturo se había reunido con el Gobernador de Michoacán D. Justo Mendoza: no tenían á su lado más que á sus ayudantes y á unos cuantos mozos. Los jefes y oficiales del ejército vagaban dispersos en los ranchos, y no parecía sino que la tierra caliente, aquel país hospitalario, no era ya más que la tumba de los republicanos.

Sólo Villada hacía sentir el espíritu militar en Apatzingán, único asilo seguro, último baluarte de la libertad en aquella dilatada zona. Poco á poco había ido aumentando su fuerza, gracias á los reemplazos que le llevaban sus subalternos en las batidas que hacían en las inmediaciones ocupadas por el enemigo. No quería *echar leva* en Apatzingán, porque tanto los vecinos de la ciudad, como los rancheros de los alrededores, le daban muestras de cariño y le proporcionaban toda clase de recursos para el mantenimiento de la tropa. Había particularmente un rancho que hubiera dado su vida por el *dicho Villada*, como él decía, y que tenía establecida una severa vigilancia para impedir cualquiera sorpresa por parte de los enemigos: cuando el peligro era inminente, no se contentaba

con escoger sus exploradores, sino que ensillando su caballo, decía:

—“Yo *mesmo* voy; porque no quiero que los *dichos* traidores me estropeen al *dicho* Villada.

Aquel rancho era el *tío* Tinoco, caporal de la hacienda de Úspero; anciano, de elevada estatura, delgado, todavía vigoroso. Refería con orgullo que cuando era mancebo había servido á las órdenes de D. Gordiano Guzmán, y que una vez había salvado la *dicha* mayoría del General. La *quiricua* (mal del pinto) había teñido de morado, de azul y de blanco su semblante, sus manos, todo su cuerpo. Su cabeza estaba coronada de hirsutas canas, y en sus ojos había una mirada chispeante. Usaba sombrero negro de lana, manguillos de manta, calzones de pico, botas de campana y la clásica cuera de tierra caliente.

El cura del lugar, un padre apellidado Ruelas, acudió á facilitar hombres á Villada. Fué á proponerle que cogiese de leva á todos los que vivían con sus mujeres sin estar casados, como lo manda nuestra madre la Santa Iglesia, á cuyo efecto le ofreció predicar los domingos y desarrollar en su tema esta terrible amenaza. Villada lo estimuló para que no abandonase aquel santo propósito, y el lunes siguiente comenzó la leva bendita con la lista que le había dado el padre Ruelas; pero el chasco de éste fué tremendo, pues que todos los de la *mala vida* prefirieron ser soldados á ir á pagar al párroco los derechos matrimoniales. Y lo curioso fué que el jefe de la patrulla, queriendo obedecer textualmente la orden, trataba de reclutar también al señor cura.

A fines de Septiembre hizo Villada una corta expedición á Tancítaro. Desde allí destacó á los Comandantes Félix Esparza y José María Soto á que fuesen á proveerse de recursos y á fatigar al enemigo que guarneecía la plaza de Los Reyes. En efecto, Soto llegó hasta las trincheras de esta población y logró que saliera á perseguirlo una pequeña fuerza de infantería y caballería á las órdenes de un tal Anguiano: los chinacos simulaban una precipitada fuga, y cuando ya los imperialistas habían atravesado el río haciendo la persecución, apareció Esparza con el resto de sus hombres, y en un corto pero

reñido combate logró derrotar al enemigo, que dejó en poder de los nuestros armas, caballos y un prisionero apellidado Ballesteros, que fué fusilado en el acto. Esparza encontró en un rancho inmediato á Los Reyes un depósito de *huaraches* perteneciente á la guarnición, y ya con este botín regresó á Tancítaro. La guarnición de Los Reyes, temerosa de un nuevo golpe, se reconcentró á Zamora, dejando en poder de Villada la extensa línea de aquella otra zona.

Con todos estos elementos, nada extraño es que Villada contase á principios de Octubre con más de seiscientos hombres entre infantería y caballería. Sólo faltaban armas, pues los fusiles no excedían de doscientos, ni de veinticinco los mosquetes, si bien todos los dragones tenían sendas lanzas.

Para proveerse de buen armamento, así como para contrariar la impresión de pánico que habían producido los sucesos de Uñas de Gato y de Carácuaro, pensó el Coronel en dar un golpe de mano en alguna de las poblaciones ocupadas por el Imperio. Escogió á Uruapan, en donde tenía tantas simpatías personales y en donde el vecindario era tan entusiastamente patriota.

Dicho y hecho: el día 13 salió de Apatzingán, y el 14 caminó lentamente, siendo su intención llegar á Uruapan cuando hubiera ya anochecido. Contaba allí con la cooperación de algunos paisanos, y estaba en buenas inteligencias con uno ó dos sargentos de la guarnición; pero sucedió que, al aproximarse al pequeño pueblo de Jucutacato, donde pensaba hacer alto, vió que del lado opuesto venía avanzando una tropa como de doscientos cincuenta infantes y cincuenta caballos.

Quien mandaba esta tropa era el Teniente Coronel Luis Vargas Madrigal, con los mejores soldados con que contaba el Imperio, y el jefe no sólo tenía confianza en ellos, sino que sabía perfectamente que los de Villada eran casi todos reclutas. Con esta confianza se lanzó sobre las posiciones que habían tomado los republicanos, y desde luego hubo de empeñarse un combate reñido. Hubo un momento en que la victoria iba á decidirse por los imperialistas; pero en aquellos momentos llegaron las reservas de los republicanos mandadas por el Co-

ronel Francisco Magaña con un escuadrón de Jalisco y por el Comandante Félix Esparza, con la caballería "Lanceros de Uruapan." Entonces Villada ordenó á Magaña que atacase con su fuerza el flanco izquierdo del enemigo; á Esparza por el frente, y á Soto que amenazara con sus jinetes el derecho. Mientras éstos ejecutaban el movimiento, el Coronel en jefe escogió de entre los infantes una columna de cien hombres, y á la cabeza de éstos dió un taque brusco de frente, que se convirtió en una lucha formidable, la cual concluyó con la derrota de los imperialistas. Madrigal quedó prisionero; muerto su segundo el Comandante Fagoaga; la infantería imperialista prisionera en su mayor parte, y muchos dispersos de la caballería, regresando á Uruapan el resto de la columna que no excedía ya de cien hombres. Villada recogió además ochenta fusiles, treinta uniformes, veinte mosquetes y algunos caballos. Los chinacos pedían á grito abierto que se fusilara á Madrigal, pero aquel jefe se rehusó enérgicamente y le salvó la vida.

Villada, exhausto de parque, y viendo frustrado su plan de sorprender á la guarnición de Uruapan, que alarmada con la derrota de Madrigal estaba ya sobre las armas, levantó el campo y regresó á Apatzingán, en donde se le recibió con una entusiasta ovación.

Los hechos de armas de Villada en Tancítaro en donde quedó muerto el *Manco* Espinosa; en las inmediaciones de Los Reyes, cuya consecuencia fué el abandono de esta plaza por los imperialistas, y el triunfo de Jucutacato, hicieron que Maximiliano declarara en estado de sitio el Departamento de Tancítaro; declaración inútil, pues que el imperio no tenía en toda aquella zona un solo soldado.

A los quince días después de lo de Jucutacato, se le presentaron Pedro Armas con veinte jinetes y Jesús González con veinticinco infantes procedentes de Uruapan; el primero era un joven originario de aquella ciudad, rico, influente en la masa del pueblo; y el segundo, sargento primero del 3<sup>er</sup> batallón del Imperio. Los dos hicieron su salida á la vista de la guarnición, gritando vivas á la libertad, y lanzando cohetes. Desde ese día la desertión del destacamento de Uruapan se